

HOMENAJE A LAS MUJERES MUERTAS EN CIUDAD JUÁREZ

Elena AZAOLA*

La verdad se enriquece incluso en la experiencia más horrible; sólo el olvido definitivo convoca a la desesperación.¹

El deseo que anima a este texto es el de contribuir a honrar la memoria y no permitir que queden en el olvido las más de 300 mujeres que, durante la última década, han sido muertas de manera aberrante y violenta en Ciudad Juárez, tierra llena de contrastes.

Motivan estas reflexiones la necesidad de encontrar una explicación frente a tanta violencia y sinrazón. Lo que muchos de nosotros, me parece, deseamos, es encontrarle algún sentido a estas muertes, que no hayan ocurrido en vano.

* Antropóloga y psicoanalista, investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

¹ Todorov, Tzvetan, *Frente al límite*, México, Siglo XXI Editores, 1993, p. 103.

Al intentar recorrer la ruta de la explicación, hay varios ingredientes que no podemos dejar afuera: desde el incremento explosivo de la población en Ciudad Juárez que durante la última década ha crecido a tasas que duplican el promedio nacional concentrando más de la tercera parte de la población total que habita en el estado más grande de la República, hasta el incremento notable en el número de consumidores de drogas y de hechos de violencia asociados a este consumo, pasando por la expansión creciente de la industria maquiladora y el empleo intensivo en ésta de mano de obra femenina durante jornadas tan extenuantes como mal retribuidas; el flujo incontenible de migrantes que desborda la capacidad que la sociedad local puede tener para integrarlos; el carácter de vecindad y lugar de tránsito en relación con la economía más poderosa del mundo y el hecho de que la población vecina haga uso de la localidad como lugar de diversión y transgresión, así como los efectos que todo ello ejerce sobre una población local que enfrenta severos obstáculos para conformarse como una comunidad con identidad propia y objetivos más o menos compartidos.

De lo anterior se desprende que se trata de una sociedad que, entre otros de sus rasgos, se distingue por tener un bajo nivel de integración social dado que una proporción alta de sus habitantes no perte-

neces y/o no permanecerá en la localidad, por lo que se encuentran desarraigados, esto es, con débiles lazos que los unan a la comunidad.

Como diversos estudios lo han mostrado, en comunidades como estas suele existir un importante grado de anomia. Se ha dicho, así, que comunidades en las que predomina un alto grado de identidad grupal y local, con lazos de solidaridad estables y duraderos entre sus miembros, con normas y regulaciones reconocidas por todos, tenderán a manejar sus opciones de cambio y conservación sin producir crisis y rupturas a su interior, regulando el conflicto y aislando los comportamientos que amenazan o destruyen el tejido comunitario. Por el contrario, agrupaciones humanas que han roto sus vínculos primarios y asociativos sin reemplazarlos por otros nuevos que cumplan las funciones de cohesión y mutuo reconocimiento y donde la normatividad permanece externa a dicho grupo, tenderán a diseminarse con la crisis, a agotar sus capacidades adaptativas al cambio y a generar una débil afiliación hacia nuevas colectividades y emplazamientos.²

2 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, *Desarrollo Humano en Chile. 1998. Las paradojas de la modernización*, Santiago de Chile, 1998.

De acuerdo con estos estudios, la anomia no sólo altera los límites de la transgresión sino también la percepción misma de su existencia. No hay transgresión donde las normas no han sido apropiadas y donde la sanción es débil. Se penetra así en un mundo donde todo es posible, hasta la muerte violenta de más de 300 mujeres. Fenómenos como éste se desarrollan con menor resistencia en un contexto en donde prevalece la anomia, en donde existe una débil aplicación de las normas, lo que promueve que los agresores continúen operando pues han podido constatar que las posibilidades de ser sancionados son remotas.

Las condiciones sociales antes descritas —anomia, bajo nivel de integración social, debilidad de los vínculos sociales— han sido también identificadas y estudiadas en otros países que, como el nuestro, se han visto sujetos a procesos de cambio relativamente acelerados como consecuencia de la modernización y de la puesta en práctica de los modelos de ajuste económico. En Chile, por ejemplo, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo se ha referido a lo que caracteriza como una situación de “deterioro de la sociabilidad” que se manifiesta en “un alto grado de desconfianza, una asociatividad precaria, la descomposición de las identidades colectivas tradicionales, e incluso (en) cierto debilitamiento de la cohesión intergeneracional en la fa-

milia”, situaciones todas ellas muy similares a las que hemos encontrado en Ciudad Juárez.³

Sin embargo, quisiera detenerme aquí en el trayecto que he iniciado por la ruta de intentar encontrar una explicación a la sinrazón de la violencia, para ensayar un diferente modo de aproximación al problema. Para ello, he acudido a un texto de Todorov que recoge y analiza numerosos testimonios de sobrevivientes de los campos de concentración, no porque considere que ahí podamos encontrar una explicación acerca de lo que ha ocurrido en Ciudad Juárez, sino porque tal vez nos pueda ayudar a pensar desde una perspectiva que nos coloca en una de las manifestaciones límite de las experiencias humanas semejante a la que, pienso, debieron haber experimentado las mujeres cuya memoria deseamos honrar. Lo que sobre todo quiero formular es una serie de preguntas para las cuales no tengo o no me atrevo a plantear alguna respuesta.

De acuerdo con Todorov, en situaciones de guerra ha quedado claro que no es al pueblo solamente al que se quiere salvar cuando se lucha, sino lo que se quiere preservar son algunas de sus cualidades; por ejemplo, su voluntad de libertad, su deseo de independencia, su orgullo nacional.⁴

3 *Ibidem*, p. 28.

4 Todorov, Tzvetan, *op. cit.*, nota 1.

Me pregunto: *¿cuáles son las cualidades que para siempre hemos perdido al dejar morir a estas chicas? o ¿qué es lo que ellas representaban y cuál es su legado que debemos salvaguardar?*

En el contexto de la guerra, dice el mismo autor, los individuos deben morir para que sobrevivan los valores morales y políticos.

Me pregunto: *¿hay alguna guerra que justifique la muerte de estas chicas?, ¿cuáles son los valores que sus muertes intentarían preservar/entronizar?, ¿o se trata, más bien, de una guerra en contra de las mujeres indefensas de corta edad?, ¿cuáles son los valores que estas muertes dejan al descubierto?, ¿qué valores podrían justificar su muerte?*

Pero también nos dice Todorov: cuando el objetivo no existe o es insignificante, la bravura se transforma en bravata y se arriesga la vida sin sacar de este acto provecho alguno. Es interesante que aquí nos haga notar una diferencia de género: que históricamente los hombres suelen morir (y vivir también) por ideas, en tanto que las mujeres con mayor frecuencia acostumbran dar la vida (y la muerte) por otros seres humanos.

Al referirse a los campos de concentración, señala que por ser espacios donde la lucha por la vida es implacable y donde cada uno está desesperada y ferozmente solo, son espacios que ponen a prueba la moral y en donde las condiciones eran tan extremas

que no permitían a los hombres seguir siendo hombres. Un ser humano empujado hasta el extremo por formas de vida inhumanas pierde gradualmente todas las nociones que tenía del bien y del mal. Si uno no piensa más que en su propia sobrevivencia, acaba no reconociendo más que la ley de la selva, es decir, la ausencia de toda ley y su sustitución por la fuerza bruta.

Me pregunto: *¿qué condiciones de vida pudieron haber llevado a los asesinos de estas mujeres a experimentar una deshumanización semejante?, ¿qué podemos hacer para detener esta deshumanización?*

El principal efecto de este reino absoluto del instinto de conservación sobre la vida moral es la ausencia de compasión por el sufrimiento del otro y, con mayor razón, la ausencia de la ayuda que hubiera podido dársele: por el contrario, se contribuye al debilitamiento del prójimo por poco que pueda uno aprovecharse de ello para aliviar la propia vida. Un hombre —dice un sobreviviente de los campos de concentración— pierde su sangre ante mis ojos y yo lamo el fondo de mi escudilla sin poder pensar en otra cosa que en el momento en que me volverán a traer de comer. Se pregunta *¿queda todavía en mí algo de humanidad?*

Me pregunto: *¿queda todavía algo de humanidad en todos los que nos hemos acostumbrado a ver la*

muerte de estas mujeres como algo cotidiano, algo tan frecuente que ha dejado de horrorizarnos?

En los campos de concentración había también la sensación de que nada de malo tenía aprovecharse de los alimentos o los objetos dejados por quienes habían sido enviados a la cámara de gas, como si se pensara: ya que no podemos detener este diluvio de cadáveres, ¿por qué no aprovechar los días que nos quedan?

Me pregunto: ¿y nosotros, tampoco podemos detener el diluvio de cadáveres?, ¿qué es lo que nos hace falta para ponerle un alto?

No obstante que la situación creada por los campos hacía difícil que pudiera emerger la solidaridad, Todorov se ocupa en rescatar las numerosas excepciones que daban cuenta de la otra cara del ser humano. Es decir que, si bien no podían operar las mismas reglas de sociabilidad que afuera, ello no significa que no hubiera ciertas reglas que preservaran los lazos humanos. Si amar al prójimo como a sí mismo era una exigencia excesiva, tratar de evitar el daño a los compañeros no lo era. Muchos de los sobrevivientes dejaron testimonio de cómo, sin ninguna ayuda, su supervivencia habría sido imposible. Uno de ellos refiere: “mi supervivencia se la de-

bo a mi encuentro con algunos compatriotas de semblante y corazón humanos”.⁵

Me pregunto: *¿por qué estas chicas no se toparon con nadie que les tendiera una mano?, ¿no había ningún “compatriota humano” a su alrededor?*

Los campos han permitido también constatar que, empleando medios extremos como el hambre y el sufrimiento es posible destruir el contrato social hasta su base y obtener de parte de los hombres reacciones casi puramente animales. “A fuerza de suprimir los ingredientes habituales de la vida humana en sociedad, se crea una situación enteramente artificial, que no nos informa más que de sí misma... un hombre no puede ser humano más que viviendo en condiciones humanas, y no hay mayor absurdo que juzgarlo por las acciones que él comete en condiciones inhumanas”.⁶

Me pregunto: *¿estas chicas y sus agresores vivían en condiciones humanas?, ¿cuál es el caldo en donde se cultivaron estos hechos?, ¿estos hechos mostrarían que vivían en condiciones donde se habían suprimido los ingredientes habituales de la vida humana en sociedad?*

En los campos algunos cautivos decidían ingresar por su propia voluntad a las cámaras de gas o

5 Todorov, Tzvetan, *op. cit.*, nota 1, p. 41.

6 *Ibidem*, p. 45.

suicidarse de alguna otra manera, no tanto por desesperación, sino como una manera de poder ejercer su última libertad decidiendo el momento de su muerte inevitable. En un caso como este, uno de los guardias retiró brutalmente a quien había ingresado por su propio pie a la cámara de gas: “pedazo de mierda, maldito endemoniado, aprende que somos nosotros —le dijo el guardia— y no tú quienes decidimos si debes vivir o morir”.⁷

Me pregunto: *¿estas chicas habrán también sido sometidas por un poder semejante de quienes se sentían investidos de la autoridad para decidir quién cómo y cuándo debía morir?, ¿quién les ha hecho creer que disponían de tal poder?, ¿quién ha permitido que lo ejercieran?*

En los campos algunos se preguntaban a qué fin podía servir guardar un registro o dejar constancia de las terribles experiencias que ahí se vivían. Aunque la pregunta recibió diversas respuestas que iban desde la importancia de poder registrar aquello que les había permitido sobrevivir a algunos en medio de circunstancias tan adversas, hasta la necesidad de dejar testimonios que permitieran combatir a los regímenes que las habían creado, hubo también quienes señalaron que poder establecer la verdad era un fin en sí mismo. “La verdad —dije-

7 *Ibidem*, p. 70.

ron—, no tiene necesidad de ser justificada por la adecuación a un objetivo superior. Es simplemente la verdad. Debe ser servida y no servir”. Quienes dejaron constancia de estos hechos, se sentían llamados por los muertos: “recordadlo todo y contadlo; no solamente para combatir los campos sino también para que nuestra vida, al dejar de sí una huella, conserve su sentido”. Un sobreviviente relató: “...teníamos tanto miedo de pasar desapercibidos, miedo de desaparecer sin que se notara nuestra existencia, nuestro combate, nuestra muerte...”.⁸

Me pregunto: *¿estaremos aquí nosotros tratando de servir a la verdad?, ¿cuáles son las huellas que de estas chicas debemos preservar a fin de no permitir que su existencia nos pase desapercibida?, ¿habremos cumplido con el deber de recordarlo y contarlo todo para que su existencia conserve su sentido?*

Todorov añade: “observando, guardando todo en la memoria, transmitiendo todo ello a los demás, se combate la inhumanidad. Comprender —escribe Germanie Tillon— es una profunda vocación de nuestra especie, uno de los motivos de su aparición en la escala de la vida. Saber, y hacer saber, es una manera de seguir siendo humano”.⁹

8 *Ibidem*, p. 103 y 104.

9 *Ibidem*, p. 104.

Otro de los puntos en que durante mucho tiempo se ha centrado la curiosidad acerca del fenómeno de los campos, es saber si quienes los operaron eran individuos especialmente enfermos, particularmente desviados. La mayor parte de las respuestas que han dado los sobrevivientes es que sólo una minoría lo era. “Los monstruos existen pero son demasiado poco numerosos para ser verdaderamente peligrosos; los que son realmente peligrosos son los hombres comunes”. Predominaban los conformistas, aquellos que estaban listos a servir al poder con tal de preservar su bienestar personal, así como aquellos que estaban prestos a cumplir las órdenes por más que éstas contradijeran los principios humanos más elementales. “¡Si solamente los guardianes se hubieran dejado llevar por sus instintos! —lamenta un sobreviviente—, pero no, ellos cumplían el reglamento”.¹⁰ Si más tarde estas acciones pudieron ser juzgadas como crímenes en contra de la humanidad, fue porque, aún estando de acuerdo con las normas vigentes, contradecían profundamente las máximas no escritas que se sobrentienden en las ideas mismas de derecho y de humanidad.

Me pregunto *¿y los asesinos de estas chicas no serán acaso también hombres ordinarios acostumbrados a conducirse de manera conformista de*

10 *Ibidem*, p. 131.

acuerdo con los dictados de un orden social que todavía no hemos sido capaces de descifrar?, ¿qué clase de orden será ése que les permite matar impunemente y con tanta saña a mujeres indefensas? ¿cuál será el código de valores que ese orden revela?, ¿cómo es que estos hombres han llegado a tal estado de deshumanización?

De nueva cuenta Todorov nos da una pista: la explicación no debe buscarse en las características del individuo sino en las de la sociedad que les imprime tales “imperativos categóricos”. La explicación, nos dice, deberá ser política y social, no psicológica o individual.

En el caso que nos ocupa, sin embargo, habrá que rastrear tanto las características del orden social en el que la muerte de estas chicas ha tenido lugar, así como las de orden psicológico e individual, dado que, a diferencia de los crímenes de guerra, los de las mujeres no se hallan legitimados por las órdenes del Estado.

Otra experiencia que fue frecuente en los campos de concentración es que quienes trabajaban allí, residían cerca o tenían familiares entre los guardias, preferían no darse cuenta de lo que ocurría y no enterarse o hablar de lo que, por otra, parte era inoculable. Algunos sobrevivientes han dado cuenta de los distintos procedimientos que cada quien usaba para no tener que enfrentar la realidad.

Me pregunto: *¿y cuáles serán los argumentos que a sí mismos se habrán dado quienes teniendo frente a sí la realidad de las muertes de estas chicas no han colaborado para que se conozca la verdad?*

Como añade Todorov: “Estar en posición de saber y evitar saber te hace directamente responsable de las consecuencias”.¹¹ “No es enemigo solamente aquel que te mata, sino también el que es indiferente... no ayudar es tanto como matar, es la misma cosa”.¹²

Otro argumento que con frecuencia emplearon los responsables de los campos es que no habían sido los únicos sino que otros habían hecho cosas semejantes, lo que de alguna manera los exculpaba. De este modo y mientras que las víctimas constataron que los verdugos eran a menudo personas comunes, lo que hacía que ellos también se sintieran culpables, los verdugos, por su parte, descubrieron con euforia que si eran como los demás, entonces eran inocentes.

Me pregunto: *¿los verdugos de estas chicas también se sentirán confortados al pensar que no han sido los únicos, que hay otros que han obrado igual que ellos?, ¿qué condiciones hacen posible que los*

11 *Ibidem*, p. 144.

12 *Ibidem*, p. 156.

hombres se consideren de esta manera libres de responsabilidad, exonerados?

Pero el autor aclara que decir que los verdugos son seres humanos como nosotros no nos permite en modo alguno deducir que todos nosotros somos víctimas o asesinos. Esto sería tanto como borrar de un plumazo la culpabilidad de unos y el sufrimiento de los otros y renunciar a toda pretensión de justicia. Los unos y los otros no son de naturaleza diferente, es cierto, pero la justicia castiga o debe castigar a aquellos que han infligido daños a sus semejantes. Lo que sí deja muy en claro es el papel cómplice de quienes, conociendo estos hechos, han preferido no actuar. “Para que el mal se realice —dice—, no es suficiente que se produzca la acción de algunos; hace falta todavía que la gran mayoría esté a su lado, indiferente...”. En este sentido, todos somos culpables. “El mal no es accidental, está siempre ahí, disponible, listo a manifestarse; es suficiente no hacer nada para que suba a la superficie”. El bien, por su parte, agrega, se preserva hasta en las circunstancias más desesperadas; por tanto, no hay razón ni para resignarse al cinismo ni para complacerse en ilusiones ingenuas.¹³

Sobre el papel de quienes, conociendo esta clase de hechos, deciden callar, relata que la esposa de un

13 *Ibidem*, p. 166.

antiguo comandante a cargo de uno de los campos, rindió años después su testimonio acerca de cómo podía convivir con alguien que era responsable de tantas muertes. La mujer respondió que sólo podía hacerlo tratando de ignorar lo que ocurría, procurando no formular preguntas y queriendo convenirse de que, como le explicaba su esposo, él sólo se ocupaba de la administración y no de las ejecuciones. La mujer añadió que todo ello le parecía necesario para poder conservar la existencia de su familia así como para poder preservar la razón. De ahí que el autor señale que, con base en estas experiencias, todo parece indicar que se cree lo que se quiere y no lo que se ve.

Me pregunto: *¿los familiares de quienes han dado muerte a estas chicas pensarán u obrarán de la misma manera que la mujer del comandante? Es decir, ¿habrán preferido ni siquiera imaginar el dolor de los familiares de las chicas muertas?*

Como ha dicho el mismo autor, “el dolor de otros nos deja fríos si para remediarlo debemos renunciar a nuestra tranquilidad”.¹⁴

En fin, aunque podría seguir mencionando un sin número de enseñanzas que de acuerdo con Todorov podemos extraer de situaciones humanas límite como los campos de concentración, prefiero termi-

14 *Ibidem*, p. 161.

nar aquí no sin antes insistir en que, por todo lo antes dicho, no podemos descansar hasta conocer toda la verdad de los hechos relacionados con la muerte de estas mujeres y no podemos descansar hasta que todos los responsables hayan sido presentados ante la justicia y hayan respondido por sus actos dentro del marco de la ley. Mientras ello no ocurra, las mujeres cuya memoria pretendemos honrar, no podrán descansar en paz y su vida no podrá recuperar su sentido. Cuando lo logremos, podremos decir que su muerte no habrá sido en vano, que su sangre habrá contribuido a construir una sociedad mejor; una sociedad donde las mujeres no tengan por qué ser objeto de tanta violencia, tanta sinrazón.